

La calle es muy recta y extensa, bordeada de casas de dos plantas, de contornos que parecen trazados con un lápiz grueso, de vistosas cortinas de encaje. Por su interior y por su exterior, todas las casas se parecen, sin el menor atisbo de diferencia, sin ningún signo distintivo, sin siquiera el de un número en la puerta.

En cuanto a los habitantes, una serie de empleaduchos, también se parecen como hermanos. Sus mujeres son estrictamente similares a las mujeres vecinas y ellos están siempre vestidos de igual modo: gris y negro sobre un fondo color crema.

Los hombres al volver de su trabajo, las mujeres al regresar del mercado, no saben desde luego con exactitud cuál es la casa en que viven. Pero esto no tiene importancia. Entran azarosamente en algún hogar, la mujer prepara la cena acostumbrada y el hombre -no importa cuál- reaparece para el desayuno, come, digiere y se va y este mismo hombre -u otro- vuelve a la noche, come otra vez, digiere y se acuesta en la cama.

Y si, por casualidad, el lugar está ocupado, se disculpa educadamente y entra en la casa aledaña.